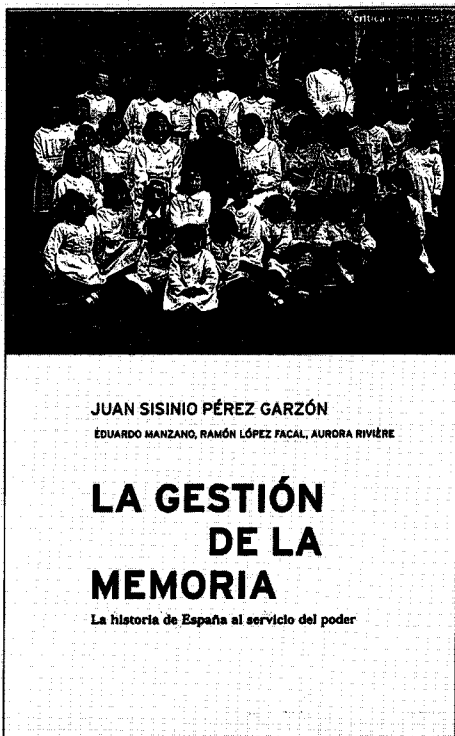


El valor de la Historia



La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder.

Juan Sisinio Pérez Garzón, Eduardo Manzano, Ramón López Facal y Aurora Rivière
Barcelona, Ed. Crítica, 2000

Cualquier licenciado en Historia se sorprendería si reflexionase sobre la curiosa paradoja de su profesión. Miembros de una tribu desprestigiada por su poca demanda en el mercado laboral. Con salidas, si la imaginación y nuevas iniciativas no lo remedian, encaminadas, fundamentalmente, a la enseñanza cuyos puestos funcionariales se cotizan tan caros que resulta imposible, en el mejor de los casos, ocuparlos antes de bien cumplida la treintena. Con un mundo investigando restringido a centenarios. Donde un número limitado de investigadores se reúnen, congreso tras congreso, y acta tras acta, en el único foro posible que es su propio grupo de especialización sin esperar que su consideración social crezca por interesantes que sean las nuevas aportaciones.

Desanimado nuestro historiador por ese cúmulo de circunstancias, y rene-

gando de la decisión que le hizo cursar una carrera que había elegido en tercera opinión porque no tenía puntuación suficiente para entrar en la opción que prefería, se dispone a ojear una serie de periódicos atrasados de la semana para pasar un poquito el rato mientras se informa de la situación que lo rodea.

Y justo ahí comienza su sorpresa al comprobar que ilustres miembros de su gremio, con proyección y estatus suficientes, eso sí, aparecen en las columnas de opinión y análisis político creando opinión, a veces pontificando, sobre todo lo humano y lo divino que concierna a la realidad nacional e internacional. Superando en número e importancia a los analistas de otras prestigiosas ciencias sociales o técnicas la nómina de historiadoras que se encuentra nuestro héroe sorprendido es bastante extensa y, por ponerle algún inconveniente, habría que admitir la excesiva preponderancia de los catedráticos de Madrid a pesar de la valía de otros docentes e investigadores de provincias. Es también muy probable que encuentre en los debates de actualidad referencias constantes al pasado y a la legitimidad históricas y que se asombre de la importancia de tal o cual sesgo ideológico que se apoya en antecedentes que permiten justificar determinadas posiciones. Estupefactos por utilizaciones demagógicas y acientíficas del pasado recorrerá argumentos sobre la identidad y la diferencia y comprenderá que la Historia puede utilizarse como excusa para mantener criterios erróneos y situaciones injustas, más que para aprender de los errores y saber construir realidades nuevas e ilusionantes.

Cuando se detenga en los suplementos culturales podrá evaluar la ingente cantidad de nuevas publicaciones que reflexionan sobre nuestro ser colectivo, sobre La Rioja o sobre Murcia. Sobre la falsedad de la construcción ideológica que sustenta los mitos del nacionalismo vasco o sobre las bases científicas que justifican la propuesta de que el estado de las autonomías recogiese entre sus miembros a Segovia donde, desgraciadamente no existió grandeza para defen-

derlo ni comprensión solidaria para aceptarlo.

A estas alturas de la película nuestro protagonista, todavía hecho un lío, comienza una de las clases, en una academia privada, con que se gana la vida mientras oposita. Trata de averiguar lo que opinan sus alumnos sobre nación, patria etc. y descubre que, aunque ninguno de ellos es licenciado en Historia ni el tema parece interesarles más que cualquier otro, todos poseen ideas bastante consolidadas aunque simples sobre España, su unidad y la base territorial de la construcción no sólo de nuestro estado sino también de nuestra realidad y nuestro futuro. Ante estas definiciones argumenta si no sería más correcto definir un país del siglo XXI como resultado de un pacto entre ciudadanos libres cuya voluntad de sostener un proyecto colectivo llamado España se basa en la razón, la solidaridad y la utilidad tanto como en la reivindicación del pasado y recibe una respuesta emocional y ambigua.

Esta situación, perfectamente posible, nos ubicaría ante la temática de este libro que bucea en la problemática, tan querida para los historiadores de nuestro carácter y nuestra identidad como en la importancia *educativa* de lo que Rafael Altamira llamaba el *valor social del conocimiento histórico*.

La Historia como arma

Desde la aparición del historiador profesional asistimos a la utilización de la Historia como un arma que ayuda al análisis del pasado y de la realidad presente en función del proyecto social del historiador y del sector en el que se siente incluido. El pujante nacionalismo de la Europa burguesa del XIX trata de justificar de ese modo las nuevas realidades políticas. Tiene lógica pues que sea Prusia la que marque el punto de partida y que todos los países del ámbito la sigan. España no podía ser una excepción y esa importante labor política se coloca al cuidado de profesionales especializados, en feliz expresión de Ignacio Peiró de los *guardianes de la historia*.

Esta nación de naciones que reconoce hasta la constitución está inmersa en este momento, en uno de esos cíclicos debates. Desde el gobierno central y desde varias autonomías se azuza una discusión que nos ha ocupado desde los arrebatados llantos del 98 y en el que nos ha dolido todo, desde "el ser de España" hasta "los cojones del alma", y que conste que no exagero nada, que solo cito a intelectuales y poetas.

Y no es este un debate muy científico no. Aunque los fastos y los centenarios, luz y guía de nuestros intereses investigadores, nos permitan financiar propuestas y revisiones definitivas que aportan luz de realidad a tanta negatividad y tanto mito. Tampoco resuelve el problema de la ola reinterpretativa que trata de equilibrar nuestro juicio sobre el proceso de construcción del sistema democrático de nuestro país que es muy útil, aunque, a veces, concluya que si exceptuamos *algunas peculiaridades*, eso sí un poco largas, somos perfectamente asimilables a cualquier país, por supuesto de nuestro entorno. A este respecto existen ejemplos suficientes aunque yo me quede con las afirmaciones que Pilar Urbano coloca en labios de la reina de España con respecto al franquismo en una biografía recientemente publicada. Así, además me libro de citar compañeros de profesión con todos los líos que esa mala costumbre acarrea no sin admitir todo lo de positivo que parte de ese análisis sobre *procesos modernizadores y anomalías dolores y fracasos de España* nos aporta para adquirir conciencia real de lo que somos y lo que hemos llegado a construir.

Todas estas circunstancias y el recrudescimiento del problema nacionalista desde el terrorismo vasco al pacto de Barcelona, sin comparar, las reformas educativas y la concreción de un acuerdo modificador del curriculum histórico mínimo que planta la LOGSE colocan sobre el tapete, con palpante actualidad esta problemática

De todo esto trata el presente libro. Y también de la necesidad de que la historia sea razón argumentativa que permita a la sociedad crear una política de

entendimiento y colaboración que supere errores y tergiversaciones. Que reconozca la riqueza fecunda de nuestro origen plural. Que permita esa convivencia polifónica en objetivos comunes que garanticen bienestar y respeto. Se ha definido a la sociedad civil como el conjunto de sonidos que emiten los distintos instrumentos de una orquesta que afina tonos mientras espera comenzar un concierto. Ninguno sobra. Todos son bellísimos. Basta que el director de orquesta inicie un movimiento para que, en una simbiosis mágica, se inicie una partitura donde cada uno tiene su papel y su importancia. Donde el objetivo general canaliza los sonidos individuales. Pero ese objetivo se resentiría seriamente si se le privara de cualquiera de las voces que contribuyen a la melodía. Este es un debate social y político donde la Historia tiene un gran papel. Debe informar de esa realidad plural. Debe contribuir a crear un análisis y un sentimiento ciudadano crítico y realista.

Sin doctrinarismos

El papel fundamental está en saber transmitir la ciencia de forma no doctrinaria. Que la información se convierta en formación y contribuya a la participación activa. En esa labor estarán los investigadores de élite, los que elaboren los materiales para la escuela, los medios de comunicación y todos la sociedad como un intelecto colectivo que sabe construir su realidad sin quedar apresada por prejuicios que la lastren y a los que debe combatir.

En una crítica reciente Santos Juliá reprochaba lo sesgado de alguna de las propuestas de los autores y el que no se tuvieran en cuenta las obras de investigación de los últimos años que, a su entender, superaban el tipo de errores denunciados en el libro.

Todos los análisis son matizables y alguna de las propuestas que realiza Juliá pueden aceptarse, pero los propios autores plantean su trabajo no como algo cerrado sino como una parte del debate.

Y es verdad que nuestra labor historiográfica ha realizado en los últimos tiempos aportaciones valiosas y que nuestra sociedad es más consciente que nunca de su problemática pero también lo es el recrudescimiento de los debates en los que varios sectores afirman poseer la razón científica, también es verdad que algunos fastos conmemorativos, y de eso Santos sabe mucho porque ha sido el primero en criticarlo, han presentado territorios idílicos donde todos sabemos que existieron crisis y conflictos y también es verdad que nuestra realidad política y social no anda sobrada de ciencia rebozada de sentido común para afrontar problemáticas que, a veces, son sangrientas y se han convertido en la primera preocupación de los españoles. Bienvenidos sean todas las aportaciones que pretendan aportar argumentos al debate desde la libertad y desde el contraste sin descalificación y sin violencia. Por mi parte no me queda sino felicitar a los autores por aportar su criterio y lanzarnos el guante de la controversia democrática y tolerante y felicitarle porque uno de ellos, Juan Sisinio Pérez Garzón, se reintegre a las tareas culturales en nuestra Universidad regional, a las que tanto tiempo ha dedicado, como catedrático de nuestra universidad. Todo un lujo.

Rafael Asín